

# A ciento diez años de Felisberto Hernández

Mauricio Molina

Se cumplen ciento diez años del nacimiento del escritor uruguayo Felisberto Hernández, uno de los autores más secretos y excéntricos de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

Felisberto, y perdóneme por llamarlo por su nombre y omitir su apellido, ya que la frecuentación de sus libros así me lo impone, pertenece a la estirpe de los raros de la literatura latinoamericana, como Macedonio Fernández en Argentina, Juan Emar en Chile o Francisco Tario en México.

Náufrago de nuestra modernidad fantasma, Hernández habitó su islote y puso las antenas en la dirección adecuada. Habitante del islote montevideano, Felisberto parece descender de toda una estirpe de autores uruguayos en los que la rareza parece ser el signo fundamental. Pienso en el conde de Lautréamont, el legendario autor de los *Cantos de Maldoror*, Julio Herrera y Reissig, Juan Carlos Onetti o ya más recientemente en nuestro amigo Eduardo Milán.

Pianista profesional, Felisberto tocaba en cines, daba pequeños conciertos y aun-

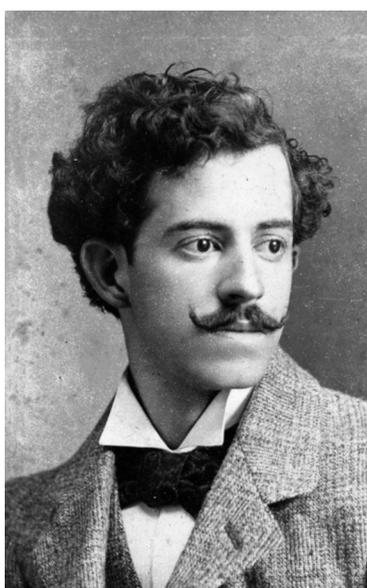
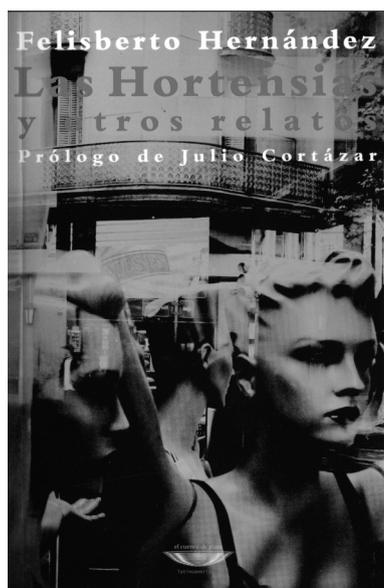
que tardíamente llegó a ser considerado un virtuoso de su instrumento, vivió trabajosamente de su profesión.

No sabemos si tocaba el piano tan raro como escribía. Felisberto hizo de la extrañeza una estética. Su escritura, como la de Kafka, tiene la rara textura de las manías: es el artífice que elabora sus creaciones y trabaja en la oscuridad anónima, alejado de la mirada de los otros.

El mundo femenino fue su ámbito favorito de indagación poética, la mina de donde sacó algunos de sus cuentos más brillantes (*La casa inundada*, *El acomodador*, *Menos Julia*, *El cocodrilo*, etcétera). Al igual que su estilo, sus personajes femeninos son al mismo tiempo anticuados y modernos. Sus mujeres siempre están vestidas como para ir al teatro, nunca se sabe si como espectadoras o como actrices. Felisberto era un fetichista consumado: la ropa femenina —desde los vestidos antiguos hasta las medias— le provoca una curiosidad minuciosa, a menudo perversa, pero siempre impregnada de humor y gracia.

Este gusto barroco y posmoderno por el disfraz y la alteridad femenina alcanzó su culminación en *Las Hortensias*, novela de setenta páginas que, pese a su brevedad, es uno de los textos más soberbios de la literatura de nuestro siglo. Años antes de que muñecas inflables infestaran los aparadores de las *porno-shops* holandesas o londinenses, Felisberto había descubierto sus inquietantes posibilidades imaginarias y eróticas. En México Juan José Arreola, con sus muñecas *Plastisex*, nos otorgaría su propia versión de esta imagen.

Gracias a la prosa de Felisberto —sugestiva, irónica, poética— la trama simple del relato (un hombre que se enamora de una muñeca) se va convirtiendo en algo que va mucho más allá de lo tragicómico para explorar algunos de los fantasmas secretos de la modernidad. Más allá de la rareza esencial de Felisberto habría que buscar, en su lectura siempre placentera, su actualidad radical, aquello que lo emparenta con lo mejor de la literatura hispanoamericana —y más allá. **U**



Felisberto Hernández

